

LA BODA

Los dos hombres salieron al jardín dejando atrás los acordes de la música que llenaba el salón principal. Todavía se escuchaba el débil tintineo de alguna copa, la risa en cascada de una señora y la réplica masculina que hacía de eco galante.

Luis y Adolfo caminaban por el césped, alejándose de la fiesta mientras el rocío de la hierba iba humedeciendo la suela de sus brillantes zapatos.

- Están muy enamorados, dijo Alfredo
- ¡Ay! quien pillara la ilusión de los veinticinco...contestó Luis, mientras recordaba que al principio, cuando se enteró de lo de su hija con el hijo de Adolfo tuvo un sobresalto, una intranquilidad que su mujer y el tiempo fueron difuminando.

Se preguntaba qué efecto tomaba la bola del destino, qué parábola dibujaba el tiempo para que se produjeran ciertas casualidades . Porque así había sido: su hija y el hijo de Adolfo se **habían** conocido en la facultad , como ellos mismos. Después de dejar un noviazgo que duró dos años, se **habían** vuelto a encontrar y en unos meses habían decidido casarse.

- Tengo que reconocer que mi hijo siempre ha sido un *tarambana* - dijo Adolfo- pero tu hija le ha cambiado...
- Más vale que cuide de mi niña.. y mira que no es una chica facil, tiene el genio de su madre .

Cuando llegaron al borde del estanque que dividía el jardín, se sentaron en el pretil, mirando desde lejos la casa iluminada donde seguía la fiesta.

Alfredo le preguntó si seguía invirtiendo en bolsa, Luis le contó a su amigo y ahora consuegro que llevaba tanto tiempo analizando resultados, tomando decisiones en base a parametros y estadísticas masticadas y deglutidas por sus colaboradores, que en el ultimo año había decidido darse un homenaje y ejercitar su intuición.

- Y funciona?
- Sí, funciona, pero no se puede explicar.

Luis cogió del suelo unas cuantas piedrecitas y se puso a jugar con ellas como si fueran dados de una partida ficticia,

¿Sabes?- continuó Luis- cuando era muy joven confiaba en mi intuición, pero al adentrarme en el negocio la fui perdiendo. Y la perdí por no creer en el palpito, ese palpito que te sale del centro del cuerpo, entonces sólo creía en lo racional. Me volqué en seguir al pie de la letra los últimos metodos de análisis americanos y las indicaciones de mis colaboradores. No me ha ido mal, no, pero ahora que ya tengo mis años quiero darme ese lujo. Ellos no me entienden, piensan que tengo rarezas. Hago con que los escucho, siguen dejando en mi mesa un montón de informes, pero si te digo la verdad, ni los leo. Al final hago lo que me da la gana y , claro, se quedan desconcertados. Son jóvenes, inteligentes, pero están domesticados. Quizá dentro de un tiempo se den cuenta...

Adolfo le escuchaba mirando el fondo del vaso de whisky donde se deshacían dos cubitos de hielo . De pronto, la música que llegaba difuminada desde la casa cesó y Luis se giró en dirección al agua mirando a algún punto lejano de la noche. La luna temblaba en el espejo líquido, indecisa entre la sombra de las dos cabezas . Cogió una de las piedrecitas que ya se había calentado en su mano y la tiró como cuando era niño, esperando que rebotara en el agua hasta perderse.

—Si hubiera escuchado el pápito el día que te presenté a mi novia...¿Verdad, Alfredo? y la piedra rompió una de las sombras despertando un ligero oleaje .

COMENTARIO

El texto de Gema nos ha parecido muy bien encarado, pues sabemos claramente que se trata de un ejercicio sutil y difícil, casi una «emboscada» para el lector, ya que esa breve escena del final, la de la piedra en el estanque, debía cargarse de cierto valor simbólico, como si concentrara todo lo que no se decía explícitamente pero que, gracias a los datos y las insinuaciones, terminaban por darle al lector las pistas suficientes como para entender qué era esa verdad oculta. En el cuento, el planteamiento se acerca mucho al objetivo y nos da la impresión de que, efectivamente, se le confiere al final la sorpresa necesaria como para entender la historia de los dos personajes que conversan y el reproche velado de uno con respecto al otro, a ese «robo de novia» que parece deducirse de lo que no se dice. El efecto de la piedra se carga de ese contenido pero no estaría de más insistir en una o dos frases que acentúen la mirada sobre esa pequeña escena, pues nos parece que pasa muy rápido. Lo que ocurre es que el cuento presenta pequeñas fallas, mínimos descuidos que entorpecen su lectura y, siendo tan breve, terminan por obligar al lector a esforzar enojosamente la atención: la falta de acentos en muchas palabras, las palabras mal escritas en otros casos, y esa confusión inicial del nombre de uno de ellos, Adolfo/ Alfredo. Esto puede parecer una tontería insignificante, pero les aseguramos que no es así, pues el lector nunca tiene —no puede tener— los datos necesarios para advertir que sólo es un error o un desliz hasta cuando ya está terminando el cuento, y eso modifica su visión de lo ocurrido. Creemos que trabajando con atención y corrigiendo minuciosamente el texto hasta dejarlo impecable ganaría muchísimo.